

entre todas, y me la ofreció con un gesto entre compungido y risueño:
—Tómala, no me dirás ahora que te quedas tan solo...

III

—María del Pilar... Señorita María del Pilar... Si usted me lo permite... si no encuentra demasiado audaz mi atrevimiento...

—¿Qué se le ocurre a usted, don...? ¿Cómo se llamaba usted antes, señor doctor, cuando era un mozuelo sin importancia?

—Me llamaba Toñín.

—¿Qué se le ocurre a usted, doctor Toñín?

—Me gustaría llamarle Pilarín, como entonces.

—Verdaderamente... No sé si debo consentirlo—me dijo con un cómico gesto de gravedad... Después, me tomó las dos manos y me arrastró hacia la luz más clara del balcón abierto; había una serena quietud en el atardecer de invierno, y las lejanías blancas enviaban un reflejo de paz, como un beso sobre las frentes. María del Pilar echó hacia atrás la cabeza de trenzas negras y tez mate, de nardo y nieve:

—Déjeme usted que lo vea, señor doctor. No lo puedo ocultar que ha cambiado usted bastante... y no es en su favor... Me agradaba mucho más a aquel Toñín con el pelo descuidado y el rostro pecoso...

—No he tenido la culpa, se lo aseguro... Yo me hubiera querido quedar en Toñín.

—Y yo en Pilarín —dijo ya con acento más hondo y conmovido.

—Puede si lo quieres...

—Que si lo quiero...

—Y yo te contestaré, Toñín, como siempre...

Así nos volvimos a encontrar, al cabo, de los años.

No fueron en Madrid mis estudios, como era mi esperanza, sino en Valencia, que allí vivía tía Josefa, hermana de madre, y a ella le parecía que no me apartaba tanto de su lado si miraba por mí quien era sangre y carne suya. Pero yo sé muy bien, y nadie lo supo nunca, que el primer año, y noche tras noche, mojé las almohadas con llantos que yo creía los más amargos derramados por criatura humana; y era por dos ausencias a la vez.

Después... todo se va perdiendo en la lejanía brumosa, y se hacen más delicados y suaves los contornos y los colores, pero ya no hieren los ojos ni el corazón los reflejos... María del Pilar se había quedado entre los recuerdos, como una memoria dulce e imprecisa, princesa lejana en cuento escuchado al amor de la lumbre una noche de invierno. Me dejó su visión, nunca olvidada, el gusto por las trenzas negras y los rostros color de leche cuajada y pétalo recién abierto, y amé a María del Pilar en otras mozas, sólo porque yo me imaginaba que Dios les había otorgado la merced de hacerlas a imagen y semejanza suya.

Ahora, el azar y aquel deseo mío, que me apartó de mis obligaciones diarias para venir a pasar con madre las navidades, nos habían vuelto a juntar en la aldea donde nos conocimos. Cuando llegué, y luego de tantas preguntas que se repetían por el placer de escuchar las mismas respuestas, madre me dijo:

—¿Sabes que está aquí don Ramiro?

—¿Y María del Pilar también? —le contestó con palabras que parecía enviar el corazón a los labios, aventándolas con latidos presurosos.

—Sí —dijo ella, mirándome a los ojos con gesto risueño—. Y María del Pilar también... Nunca os volvéis a ver desde que erais chicos.

—Por eso me gusta más la noticia.

—Vinieron malos tiempos para los Molinas! —dijo madre con un largo suspiro.

—No sabía nada.

—Don Ramiro no tiene noción de la cantidad, se le van los números de la imaginación... Ahora ya se le han estrechado tanto los suyos que, por más próximos a él, acaso los ha de comprender mejor.

—¿Muy pobres, madre?

—Para ellos, sí... ¡Habrán de renunciar a tantas cosas que eran su vida porque eran su costumbre!... Anda, vé a saludarlos...

Bajaban ya las sombras de los montes hacia el llano en la tarde de sol, cuando crucé el zaguán, siempre con jaramagos y ortigas entre las losas mal unidas.

—¿Te acuerdas, Pilarín, de aquellos días?

—Yo pensaba que los habías olvidado tú... Nunca un recuerdo tuyo... dos líneas en una pobre postal...

—¿Es verdad...? ¿Tú lo esperabas?

—No... —dijo ella, mientras, sentada en la mecedora de antaño, pretendía darle, con un ligero vaivén airoso, aire y ligereza al tono de su voz—. ¿Por qué lo iba a esperar? ¿Tú no me lo habías prometido y yo era tan poquita cosa...!

Don Ramiro leía, como entonces, en un libro viejo rebuscado en el desván.

—Mira, papá, igual que siempre, le falta luz del día para tanta lectura y con sus imaginaciones está perdiendo la vista. ¡La vista y tantas cosas más! Pero no había reproche ni amarguras en el tono de su voz, sino una mansa tristeza, que a mí se me entraba corazón adentro y se me subía a los ojos después, velándolos de nieblas.

Poco a poco, se había ido marchando el día, collado arriba, y ya se ocultaba tras los ajarafes lejanos. De las corraladas vecinas llegaba rumor de ganado cansino, con balidos broncos de moruecos y ovejas, y al "ángelus" hizo temblar de gozo místico las primeras estrellas.

—Me agrada esta hora —dijo María del Pilar— porque ya podemos imaginarnos las cosas como quisiéramos nosotros que fueran... y aun no está tan oscuro que la noche nos las oculte.

—¿Te gusta soñar?

—¡Ay, Toñín, no he hecho otra cosa en mi vida!

—¿Con que te gusta soñar?

—¡Qué tontería! Con todas las cosas buenas... Se alzó y vino a apoyar la frente en los cristales cerrados de la solana. Ahora es el paisaje más bonito aun, que cuando se le ve claro.

—Pero más triste.

—¿Es que tú no sabes que en todo lo bueno y en todo lo hermoso hay como un dejo de tristeza?...

Lo mismo que en la noche aquella, víspera del Corpus, fué el

gran lecho de pies torneados bajel de sueños por mares lejanos y, como antaño, había en el descanso hondas simas de insomnios... sino que continuaban los sueños con los ojos abiertos, y entonces eran más iluminados. De madrugada, se cansó el alma de arribar a puertos desconocidos, y buscó una playa de inconsciencias mansas. Me despertaron unos pasos cautelosos junto a la cama, y, al abrir los ojos, vi a madre que me miraba con el amor de siempre:

—¿Has descansado, Toñín?

—Sí... ¿Es tarde?

—Si abrieras el balcón, verías ya el sol que ha andado mucho hoy... ¿Sabes qué día es?

—Víspera de Navidad... día de Nochebuena, no me hagas tan distraído.

—¿Y nada más?

—No recuerdo otra cosa.

—Es natural... Yo no olvidé nunca cuándo tú cumplés los años... Pero es natural y no te lo tomo en cuenta —me dijo, besándome en la frente.

—¡Es verdad!... ¡Pues no merezco que me perdonen! ¡No haberte traído un recuerdo... algo! ¡Cincuenta años... ¡Son cincuenta años?

—Justos... El tiempo pisa muy quedito, y no se le oye pasar —dijo madre con un suspiro.

Yo insistí pesaroso y acongojado:

—¡No haberte traído un pobre regalo para tu fiesta!

Pero cuando salió madre, después de abrir de par en par las maderas del balcón, me alcé del lecho y abracé con fuerza aquella impalpable alegría del sol rubio entrando a raudales:

—¡Oh, Dios mío, y qué buena es la vida!

Mientras me vestía, volvió el tenue dolor a corretear por los pensamientos, revolviéndomelos todos; ¡No haber traído un recuerdo para madre! Bajé al zaguán y estaba ella en su afán de siempre, con órdenes en los labios para aniagueros y gañanes, y un pensamiento de luz me brotó, de pronto, como si aquella mirada suya, que tantas claridades tenía cuando se posaba en mí, hubiera sido vara de Abraham sobre mi frente:

—Madre... a lo mejor...

—¿Qué, hijo?

—A lo mejor, te traigo un buen regalo, para el día de tu cumpleaños.

—¡No seas tonto! Viniendo tú, me has enviado el que más me podía agradar.

—Pues otro aun mejor... Otro que tú me has pedido muchas veces...

Y salí alegremente a la plaza, gozoso de aquella mirada suya llena de preguntas, a las que no quería contestar porque aun no era tiempo. Salí alegremente a la plaza, contento de mí mismo y del claro sol de invierno, que me envolvía con su tibia caricia, y del azul sin nubes, y del olor a establo cálido que llegaba desde las casas mal unidas y me hablaba de mis días mejores.

—¡Dios, y qué buena es la vida!

María del Pilar estaba en el huerto de su casa, con afán de prepararlo para que estuviera galán, cuando llegara su novia la primavera.

—¡Pilarín o la bella jardinera! —le dije desde la breve escalinata de tres peldaños que unía el huerto a la casa.

—¡Buenos días, Toñín burlón! —me contestó ella—. Me daba pena verlo tan descuidado, con hierbas silvestres ahogando los maticos y los rosales... Papá me ha contado que había uno que daba flores cuando el invierno era templado.

—Yo sé dónde está... Le decían el rosal del milagro, y cuando tenía flores, se cortaban para el Niño Jesús... Vén conmigo.

—Conoces mi casa mejor que yo misma.

—Dicen que he sido un diablillo, cuando aun era más niño que ahora... Y en tu huerto hay más de un tapial derruido... El paso era fácil.

—¿Cuántas manzanas me has robado en tu vida!

—¡Oh, no podría decirte... Y albaricoques aun verdes... y ginjoles y nispolas en otoño!

Era un rincón del huerto, entre dos muros derribados, mirando su arista al mediodía; y parecía tomar el sol a brazadas, como avariento el oro, para guardarlo escondido en su seno. Entre las dos tapias, se retorcia un espinoso desnudo.

María del Pilar dió un pequeño grito de asombro, cuando lo tuvo cerca, y tendió el índice hacia el vértice del rosal:

—¡Mira, mira Toñín... tiene una sola... una sola... pero es deliciosa, abierta como las alas de una mariposa sobre el espinoso!

—Es lástima que no se hubiera cuidado el rosal, porque es año de dar rosas en Navidades.

—Año de milagros, ¿no?

—Es posible... y screí, entre malicioso y esperanzado.

Nos sentamos en el tronco seco de un árbol que derribaron los últimos huracanes, frente al rosal asombroso, como para adorar el prodigio:

—¿Sabes que hoy cumple años mi madre? —le dije a Pilarín.

—No; no lo sabía... ¡Qué contrariedad, ahora no tendré tiempo de prepararle nada... ¡Como no le lleve la rosa del milagro! —dijo, trocada ya en risas la tenue amargura del gesto.

—Si fueran dos rosas —le contesté, entrometido— aun podías darle este empleo, pero yo comprendo que siendo una sola, tengas otras intenciones y otros deberes.

—¡No! Eres antipático... Yo sé por qué lo dices, y...

—¿Y qué?

—Lo que te he dicho ya. ¡Eres estúpido! —Y le temblaban los párpados con un aleteo de golondrina asustada.

—¿Nunca has tenido un cariño, Pilarín? —le dije, luego de una larga pausa, en la que yo hubiera querido tomarle todos los pensamientos entre mis brazos, como aquellos viejos muros los rayos del sol.

—¿Y eso te importa mucho?

—¿Nunca has tenido novio? —insistí con la segunda sateta sobre el pájaro azul que yo perseguía.

—Eso no... novio no... Pero no creo que hayamos venido a este sitio para que me confieses, o te burles de mí...